

PAT BARKER

El ojo en la puerta



PAT BARKER

El ojo en la puerta

Traducción de
Carlos Milla e Isabel Ferrer

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Eye in the Door*
Traducción del inglés: Isabel Ferrer y Carlos Milla

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2015

© Pat Barker, 1993
© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B 26112- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-22-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para David

Fue en el lado moral, y en mi propia persona, que aprendí a reconocer la absoluta y primitiva dualidad del hombre. Entonces vi que las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, aun si podía decirse con razón que cualquiera de ellas era la mía, es porque lo eran esencialmente las dos...

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

R. L. STEVENSON

Primera parte

I

En los arriates formales situados en la orilla del Serpentine, se erguían en apretadas hileras los primeros tulipanes. Billy Prior se preparó para sorprenderlos en enfilada y acto seguido, soltando el brazo de su acompañante, empuñó una ametralladora imaginaria y les voló la cabeza a todos ellos.

Myra lo miró atónita.

—Menudo chiflado estás tú hecho.

Él movió la cabeza en un gesto pesaroso.

—El año pasado estuve cinco meses internado en un manicomio.

—Anda ya.

Ella no se lo creyó, naturalmente. Prior, sonriente, regresó a su lado y le ofreció el brazo. Llevaban una hora paseando junto al lago, pero la tarde empezaba a declinar. Una luz cobriza, más otoñal que primaveral, iluminaba la hierba en un ángulo oblicuo transformando las ramas espinosas de los rosales en filamentos eléctricos vivos que brillaban en la penumbra con resplandor rojizo.

Prior, siempre pendiente de si alguien lo observaba, percibió las miradas de aprobación que recibían a su paso. Presentaban una imagen romántica, supuso. La chica, joven y guapa, cogida del brazo de un hombre uniformado, un hombre, además, con un abrigo tan grotescamente sucio y maltrecho que parecía a todas luces haber intervenido en no poco servicio activo. Como en efecto así era, y pronto intervendría en más, si es que lograba persuadir a aquella mema para que se tendiera sobre él.

—Tienes frío —dijo con ternura a la vez que se desabrochaba el abrigo—. Pon la mano aquí dentro. Mira, estaremos mejor bajo los árboles, a resguardo del viento.

Myra se detuvo, dudosa, porque la claridad del día bañaba aún la orilla del lago en tanto que el paseo arbolado que él señalaba emanaba oscuridad.

–De acuerdo –accedió ella por fin.

Mientras atravesaban la hierba, sus sombras se alargaron frente a ellos, figuras negras, atenuadas, que alcanzaban los árboles y ascendían antes de que ellos se acercasen siquiera. Ya en la oscuridad, se apoyaron en un árbol y empezaron a besarse. Al cabo de un rato ella gimió y relajó los muslos, y él la apretó más contra la corteza agrietada del tronco. El abrigo abierto los tapaba a los dos. Myra deslizó las manos en torno a su cuerpo por debajo de la guerrera y, agarrándole las nalgas, tiró de él hacia sí. A continuación forcejeó con la pretina del pantalón y los botones de la bragueta, y él la ayudó a desabrocharlos, dándole libre acceso a su polla y sus huevos. Prior subió las manos centímetro a centímetro por debajo de su falda. Ya había alcanzado el punto donde las ásperas medias daban paso a la piel suave.

–¿Nos tumbamos?

Myra levantó los brazos y formó una barrera con las manos.

–¿Dónde? ¿Encima de esto?

–No tendrás frío.

–Ni hablar. Ya ahora estoy helada. –Para mayor énfasis, se metió las manos bajo las axilas y se balanceó.

–De acuerdo –dijo él con un tono más severo–. Volvamos al piso. –Eso era precisamente lo que quería evitar, porque sabía que estaría allí su casa, vigilante.

Ella no lo miró.

–No, creo que será mejor que me vuelva a casa.

–Te acompaño.

–No, prefiero que nos despedamos aquí, si no te importa. Mi suegra vive en la misma calle, a cinco puertas.

–Bien que estabas dispuesta la otra noche.

Myra desplegó una sonrisa apaciguadora.

–Es que vino una mujer a husmear. De la policía voluntaria, ¿sabes? Pueden meterse en tu casa y tal, no tienen ni que pedir permiso. Y ésta en particular es una vieja de cuidado. La conocía ya antes de la guerra. Una defensora de los derechos de la mujer. Y digo yo: «¿Qué pasa con mis derechos? ¿Es que yo no soy una mujer?» Pero es inútil discutir con gente así. Pueden cortarte la entrada de dinero. Además, no está bien, ¿no te parece? ¿Con Eddie en el frente?

–El viernes por la noche también estaba en el frente –adujo Prior con voz cortante, autoritaria. Percibió su propio tonillo remilgado,

viéndose a sí mismo pugnar torpemente con la bragueta del moralismo de la clase media. Santo cielo, eso por nada del mundo. Prefería hacerse un nudo en la polla antes que convivir con esa imagen—. Venga. Te acompaño a la estación.

Se encaminó hacia Lancaster Gate, indiferente a si Myra lo seguía o no. Ella, sin aliento, trotó junto a él.

—Podemos continuar siendo amigos, ¿no?

Prior sintió la mirada de Myra en su rostro.

—¿No podemos?

Prior se detuvo y se volvió de cara a ella.

—Myra, eres una de esas chicas que acaban en una zanja estranguladas con una media.

Siguió adelante, ahora más despacio. Al cabo de un rato Myra deslizó la mano por debajo del brazo de Prior, y éste, tras una breve vacilación, le permitió dejarla ahí.

—¿Tienes novia? —preguntó ella.

Por un instante se resistió a contestar.

—Sí.

Ella asintió, satisfecha.

—Me lo imaginaba. Eres un mentirosillo, eh. El viernes por la noche dijiste que no tenías.

—El viernes por la noche los dos dijimos muchas cosas.

En la estación del metro Prior le compró el billete, y Myra se irguió y lo besó en la mejilla como si nada hubiera pasado. Bueno, y en realidad nada había pasado, pensó él. Al otro lado de la barrera, ella se volvió y dio la impresión de que lamentaba no seguir con la velada según lo previsto, pero de inmediato se despidió con la mano, tomó la escalera mecánica y se dejó llevar suavemente.

Ya fuera de la estación, Prior vaciló. Tenía por delante el resto de la tarde y no sabía qué hacer. Se planteó ir a tomar una copa, pero descartó la idea. Con ese estado de ánimo, si empezaba a beber tan pronto acabaría borracho, y eso no podía permitírselo; debía conservar la cabeza clara para su visita a la cárcel del día siguiente. Vagó sin rumbo.

Justo a esa hora empezaba el ajetreo, la gente enfilaba apresuradamente hacia bares y restaurantes, esforzándose en olvidar la escasez, la ropa de poco abrigo, el pan negro. Durante todo el invierno, le parecía a Prior, se había filtrado en la vida londinense un

ritmo cada vez más frenético. Fácilmente justificable, claro. Había que procurar que los soldados que regresaban de permiso se lo pasaran bien; no debían recordar aquello a lo que volverían, y eso proporcionaba a todos los demás una excusa magnífica para no pensar en el tema.

Aunque esa semana había sido difícil no pensar. La Orden del Día promulgada por Haig el 13 de abril se publicó íntegramente en todos los periódicos. Prior se la sabía de memoria. Él y todo el mundo.

No nos queda más opción que luchar sin tregua. Debemos defender todas las posiciones hasta el último hombre: no debe haber retirada. Arrinconados contra la pared, y con una profunda fe en la justicia de nuestra causa, todos debemos luchar hasta el final.

Fuera cual fuese el efecto de la Orden en la moral de la tropa, había generado pánico entre la población civil. Algunas mujeres, al parecer, planeaban muy seriamente cómo matarse y quitar la vida a sus hijos cuando llegaran los alemanes. Las atrocidades difundidas en los primeros meses de la guerra habían surtido efecto. Demasiado efecto. Monjas con los pechos rebanados. Sacerdotes colgados cabeza abajo y utilizados como badajos en sus propias campanas. Era cierto que se habían cometido atrocidades, pero en realidad las principales víctimas eran siempre los prisioneros de guerra, y las culpas se repartían más uniformemente de lo que la prensa quería creer.

Había momentos —y esa tarde era uno de ellos— en que Prior se sentía físicamente enfermo al ver y oír y oler a los civiles. Recordó el hedor emanado por un batallón a su regreso de la línea de combate, el hedor amarillo y espeso, y pensó que lo prefería a esto otro. Sabía que debía alejarse de las calles, del parloteo del gentío y el tufo a perfume que agredía su nariz cada vez que una mujer pasaba por su lado.

Ya de nuevo en el parque, bajo los árboles, empezó a relajarse. Quizá eran sus propias necesidades lo que teñía sus percepciones, pero le daba la impresión de que esa tarde de primavera el parque bullía de deseo. Recortándose contra el sol poniente, un soldado y su chica se paseaban, apoyados el uno en el otro de tal modo que si uno de ellos se hubiese retirado, el otro se habría caído. Eso lo llevó a acordarse de Sarah y él en aquella playa escocesa, y se apresuró a

apartar la mirada. No tenía sentido pensar en eso. No podía albergar siquiera la esperanza de volver a verla antes de pasadas al menos seis semanas. Más allá, en dirección a Marble Arch, se veían figuras solitarias. En los senderos del parque las botas militares pisaban con fuerza o se arrastraban y, en las sombras más profundas, despedían destellos.

Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo, planteándose aún qué hacer con el resto de la tarde. Necesitaba sexo, y lo necesitaba con desesperación. Meneársela no servía de nada porque... porque no servía de nada. Descartaba a las prostitutas, porque él no pagaba. Recordó haber hablado a Rivers –su médico en el hospital militar de Craiglockhart, el «manicomio» donde había pasado cinco meses el año anterior– de un prostíbulo en Amiens, donde los hombres, soldados rasos, hacían cola en la acera y disponían de dos minutos cada uno. «¿Y cuánto tiempo conceden a los oficiales?», preguntó Rivers. «No lo sé –contestó Prior–. Más tiempo.» Y luego escupió las palabras: «Yo no pago». Sin duda Rivers lo había considerado una estupidez, el ridículo orgullo de un joven por sus proezas sexuales, su habilidad para «conseguirlo» gratis. Pero no tenía nada que ver con eso. Prior no pagaba porque en una ocasión, unos años atrás, le habían pagado a él, y sabía exactamente cómo mira quien paga a la persona a quien paga.

–¿Tiene fuego?

Prior se palpó los bolsillos en un gesto espontáneo. Al principio apenas registró la existencia de su interlocutor, salvo como una interrupción inoportuna en sus reflexiones, pero luego, al sacar las cerillas, percibió inconscientemente un nerviosismo en la voz del otro hombre que lo indujo a alzar la vista. Tenía la intención de ofrecerle la cajetilla, pero de pronto cambió de idea, sacó una cerilla y la encendió él mismo. La fricción y el fogueo resonaron con estridencia. Ahuecó las manos para proteger la llama y se la acercó al hombre cuando éste se inclinó. Gorra con visera de oficial, ojos oscuros, labios carnosos delimitados por un bigote fino, rostro redondeado aunque no grueso. Prior tuvo la certeza de conocerlo, pero no recordó dónde lo había visto antes. Una vez encendido el cigarrillo, el hombre, en lugar de marcharse, se sentó en el otro extremo del banco, mirando distraídamente alrededor mientras la prominente nuez de Adán subía y bajaba en su garganta. Mantenía la pierna izquierda estirada ante sí de una mane-

ra poco natural, lo que, cabía suponer, explicaba el brazalete de herido presente en su manga.

Prior comprendió la situación. Aquélla no era exactamente la zona, pero lindaba con ella, y su propio comportamiento, aunque interesante, no había sido una clara invitación. Sintió la tentación de mofarse. Sin embargo al final optó por acercarse y decir:

—¿Tienes algún sitio adónde ir?

—Sí. —El hombre alzó la vista—. No está lejos.

Rodeaban la plaza casas altas, estrechas y oscuras, dispuestas en torno a un jardín cercado, con árboles raquíticos. Tanto el césped como los macizos circundantes estaban plagados de hierbajos. Más allá, a la derecha, una bomba había derribado tres casas y derruido parcialmente una cuarta, dejando una amplia brecha. Siguieron caminando, sin apenas hablar. Ya cerca de la brecha, la acera se notaba arenosa bajo sus pies, y más clara a causa del copioso polvo blanco que flotaba en el aire desde las casas alcanzadas y parecía no disiparse nunca, por más empeño que se pusiera en precintar las ruinas. Prior percibió un inequívoco tirón lateral en dirección a la brecha. Lo había sentido ya en otras ocasiones al pasar por delante de edificios bombardeados. Ignoraba si ese tirón lateral lo sentía todo el mundo, o si era algo que le ocurría a él, cierta afinidad con aquellos lugares donde el orden establecido había sufrido una violenta agresión.

Se detuvieron frente al número 27. Las ventanas tenían los postigos cerrados. Un gato, encorvado y a la defensiva, permanecía agazapado en la escalera del sótano, gruñendo por algo que había encontrado.

El acompañante de Prior tenía problemas con la cerradura.

—Parte de los desperfectos —dijo volviendo la cabeza y haciendo una mueca. Primero empujó la puerta con el hombro; luego agarró el pomo y tiró hacia sí—. El truco está en tirar, siempre me olvido.

—No demasiado a menudo, espero —comentó Prior.

Su acompañante lo miró y sonrió, y por un momento surgió una renovada tensión sexual entre ellos. Se quitó la gorra y el abrigo y tendió la mano para que Prior le entregara los suyos.

—Mi familia está en el campo. Yo me alojo en mi club. —Vaciló—. Será mejor que me presente, supongo. Charles Manning.

—Billy Prior.

Se examinaron disimuladamente. Manning tenía la cabeza muy redonda, circunstancia realzada por el cabello oscuro, espeso y lustroso, peinado hacia atrás sin raya. Miraba con expresión alerta. Ofrecía cierto parecido con un animal, pensó Prior, tal vez una nutria. Manning vio a un hombre de unos veintitrés o veinticuatro años, delgado, de cabello claro, nariz chata y pómulos prominentes, y en conjunto el aspecto de alguien que iba por la vida vigilando por dónde pisaba. Manning abrió de un empujón una puerta situada a la izquierda, y la habitación exhaló una vaharada de aire muerto al recibidor.

—Puedes pasar. Yo no tardaré.

Prior entró. Los ventanales con los postigos cerrados, los muebles tapados con sábanas blancas. Un intenso olor a hollín procedente de la chimenea vacía. Estaba todo cubierto por sábanas salvo el espejo de cuerpo entero en el que se reflejaba, a través del vano de la puerta, el espejo del recibidor. Prior se encontró ante un largo pasillo con una sucesión de Priors, algunos de ellos de espaldas a él, ninguno más manifiestamente real que los otros. Se apartó.

—¿Te apetece una copa? —preguntó Manning desde la puerta.

—Sí, por favor.

—¿Un whisky te parece bien?

—Estupendo.

Al quedarse solo, Prior se acercó al piano de cola, levantó el borde de la sábana y ante él apareció una fotografía de una mujer con dos niños; uno de ellos sujetaba un velero aferrado contra el pecho.

Cuando Manning regresó con una botella de whisky, una jarra y dos vasos, Prior contemplaba una grieta encima de la puerta.

—Eso resulta un tanto amenazador —comentó.

—¿Verdad que sí? La verdad es que no sé qué hacer al respecto. Como no hay manera de encontrar albañiles, me limito a entrar y echarle un vistazo de vez en cuando. —Alzó la jarra—. ¿Agua?

—Una pizca.

Se dirigieron hacia las butacas junto a la chimenea. Manning retiró las sábanas, y Prior se acomodó en el rígido brocado. No se hundió en absoluto: el tapizado lo sostuvo tensamente erguido. Entablaron una de esas conversaciones que acaso habrían mantenido si los hubiesen presentado en la cantina de oficiales. Prior observa-

ba a Manning con atención, reparando en la cruz militar, el brazalete de herido, los tics, los síntomas de tensión, el esporádico tartamudeo. Estaba alterado, aunque era difícil saber hasta qué punto ese nerviosismo se debía a la actual situación. Que de hecho comenzaba a alargarse demasiado. Si eso continuaba así, liquidarían la botella entera y a las doce de la noche estarían aún charlando sobre sus regimientos. «Todo muy agradable –pensó Prior–, pero no es eso a lo que he venido.» Advirtió que los ojos de Manning, por más que vagaran de aquí para allá, siempre acababan posándose en las estrellas cosidas a la manga de Prior. «Bueno, tú ya sabías que yo era oficial», dijo éste para sí. Empezaba a sospechar que Manning era uno de esos que no podían –por más que quisieran– desinhibirse sexualmente con un igual en el plano social. Prior dejó escapar un suspiro y se puso en pie.

–¿Te importa si me quito esto? –preguntó–. Tengo calor.

No tenía calor. De hecho, por usar una expresión ya acuñada, «estaba helado». Aun así. Se quitó la corbata, la guerrera y la camisa, y los echó sobre el respaldo de la silla. Manning permaneció callado, limitándose a observar. Prior se deslizó los dedos por el pelo a cepillo, dejándose en punta, encendió un cigarrillo, lo hizo rodar de un modo peculiar por el labio inferior y sonrió. Se había transformado en uno de esos chicos de clase obrera con quien Manning consideraría correcto follar. Una especie de escupidera de semen. Y dio resultado. Los ojos de Manning se oscurecieron por la dilatación de las pupilas. Inclínándose ante él, Prior metió la mano entre sus piernas y pensó que probablemente nunca había sentido un antagonismo de clase más puro que el que experimentaba en ese momento. Adoptó un dejo barriobajero.

–¿Así está bien?

–Sí. Subamos.

Prior lo siguió. En el primer piso había una puerta abierta, que daba a un espacioso dormitorio con cama de matrimonio. Manning cerró la puerta al pasar por delante. Prior esbozó una sonrisa. No estaba dispuesto a tirarse a un fulano en la cama donde había desflorado a su novia. Así pues, el condenado subió y subió y subió. Hasta lo que eran obviamente las habitaciones del servicio. Manning abrió una puerta al final del pasillo, entregó la lámpara a Prior y dijo:

–No tardaré.

Prior entró. Una cama de matrimonio con el armazón de latón ocupaba prácticamente todo aquel diminuto espacio. Se sentó en el borde y botó un poco en ella. Muy posiblemente era la cama más ruidosa con que se había topado en la vida. Por suerte la casa estaba vacía. Aparte de la cama, había un aguamanil con jarra y palan-gana, una mesa con espejo y un pequeño armario con cortina. Se levantó y retiró la cortina. Colgaban allí dos uniformes de doncella, que casi parecían las propias doncellas, de tan bien dispuestas como estaban las mangas y las cofias. El armario despedía un olor peculiar: a lavanda y sudor, un olor triste. La madre de Prior había iniciado su vida de criada en una casa como ésta. Echó un vistazo a la habitación, aquel cubículo minúsculo y gélido, sin más vista que los tejados, y, en un súbito impulso, sacó uno de los uniformes y hundió el rostro en la sisa, inhalando el olor a sudor. Aunque ese impulso no tenía nada de sexual, surgía de un estrato de su personalidad igual de profundo. Manning entró de nuevo en la habitación en el preciso momento en que Prior alzaba la cabeza. Al ver a Prior abrazado al uniforme, Manning, todo había que decirlo, pareció amedrentarse. Prior sonrió y volvió a colgar el uniforme en la percha.

Manning puso un pequeño tarro en la mesa junto a la cama. El sonido del cristal contra la madera confirió a la relación entre ellos un carácter más estrecho y más tenso del que había existido hasta ese momento. Prior acabó de desnudarse y se tendió en la cama. Manning tenía la pierna ciertamente mal. Muy mal. Prior se echó al frente para examinar la rodilla, y por un momento podían haber sido otra vez niños en el patio del colegio, examinándose mutuamente las costras.

—Parece que te has quedado fuera de servicio.

—Seguramente. Los tendones se han acortado. Creen que he recuperado ya todo el movimiento posible. Pero ¿quién sabe? Tal como se están poniendo las cosas, ¿al final quedará alguien fuera de servicio?

Prior se irguió, y como tenía a mano el vello púbico de Manning, empezó a frotar la cara contra él. A Manning se le agitó la polla, se le empinó, y Prior se la metió en la boca, pero durante largo rato se limitó a jugar, dando vueltas y vueltas en torno a la reluciente bóveda con la lengua. Manning tensó los muslos. Poco después alzó la mano y acarició el pelo corto de Prior, le masajeó la nuca con el pulgar. Prior levantó la cabeza y advirtió el nerviosismo de Manning, un nerviosismo justificado, ya que en esa situación era precisamente

un gesto de ternura lo que podía precipitar una reacción violenta, si es que algo podía precipitarla. Y Manning no estaba en situación de hacer frente a eso. Prior prosiguió con su chupeteo, agarrando las nalgas de Manning con las dos manos y deslizando la boca rápidamente por la verga. Manning lo apartó con delicadeza y se tendió en la cama. Por un momento permanecieron tumbados uno al lado del otro. Prior se acodó en el colchón y empezó a acariciar el pecho, el vientre y los muslos a Manning. Pensaba en la imposibilidad de sintetizar el sexo en función de qué entra y dónde entra. Ese movimiento de su mano estaba cargado de lujuria; de resentimiento, entre otras cosas, por el uso que Manning daba a la habitación; de compasión, por la herida; de envidia, porque Manning había quedado fuera de servicio *con honores*... Y de una creciente conciencia de que mientras él miraba a Manning, Manning también lo miraba a él. La expresión de Prior se endureció. Pensó: «Bueno, al menos no tengo tantos tics como tú». Detuvo la mano en la cintura de Manning e intentó darle la vuelta, pero él se resistió.

–No –dijo–. Así.

«Conque vas de atleta, capullo.» Prior desenroscó el tapón del tarro, se lubricó la polla con una mezcla de vaselina y saliva, y con el residuo untó el culo de Manning. Le levantó las piernas contra el pecho, poniendo extremo cuidado en evitar toda sacudida en la rodilla. Estaba demasiado ávido, y la postura permitía poco control; tenía ya que contenerse nada más meterla un par de centímetros, y de pronto Manning lanzó un chillido e intentó apartarse. Prior empezó a retirarse, pero de repente comprendió que Manning necesitaba el dolor.

–Quédate quieto –dijo, y siguió folládoselo. Era un juego peligroso. Prior era muy capaz de auténtico sadismo, y él lo sabía, y tenía la rodilla de Manning a sólo dos o tres centímetros de la mano. Se corrió enseguida con profundos y temblorosos gemidos, una sensación de verse arrancado de sí mismo que nacía en la garganta. Con cautela, le bajó las piernas a Manning y se la chupó hasta que se corrió. Éste estaba tan excitado que agarró la cabeza a Prior y comenzó a jadear casi antes de que él empezara.

–Lo necesitaba –dijo después–. Necesitaba un buen polvo.

«Todos lo necesitáis», pensó Prior. Manning se fue al baño. Prior alargó el brazo y giró el espejo hacia él. En ese espejo ellas se habían mirado, cada mañana a las cinco y media, en verano y en

invierno, bostezando, legañosas, comprobando que tenían la cofia recta y el pelo bien remetido. Su madre, recordó, le había contado que, en la casa donde ella trabajaba, si una criada se cruzaba en el pasillo con un miembro de la familia, debía detenerse y volver la cara hacia la pared.

Manning regresó con la botella de whisky y los vasos. Cojeaba mucho. Pese a los esfuerzos de Prior, la postura no podía haberle hecho ningún bien a la rodilla.

—¿Eso dónde te pasó? —preguntó Prior, señalando la herida con el mentón.

—En Passchendaele.

—Ah, sí. ¿Participasteis en el asalto a la cresta?

—Exacto. —Manning sirvió el whisky y, sentándose a los pies de la cama, se apoyó en el armazón y estiró la pierna ante él—. Muy divertido.

—Yo acabo de comparecer ante una comisión médica. —No deseaba hablar de su salud, pero era incapaz de eludir el tema. El silencio de Manning, cuando una pregunta habría sido mucho más natural, empezaba a irritarlo.

—¿Qué han dicho? —quiso saber Manning.

—Todavía nada. En teoría van a destinarme al servicio permanente en el país, pero tal como están las cosas...

Manning, tras un titubeo, preguntó:

—Es neurastenia, ¿no?

«No —deseó responder Prior—, es una manía homicida descontrolada, con especial predilección por descuartizar a capullos engreídos con las rodillas hechas polvo.»

—No, es asma —respondió—. Sí estuve neurasténico, pero luego, en el hospital, tuve dos ataques de asma, y eso complicó un poco las cosas.

—¿A qué hospital te mandaron?

—A Craiglockhart. Está en...

—Ah, así que conoces a Rivers.

Prior se quedó mirándolo.

—Era mi médico. Todavía lo es. Ahora está... está en Londres.

—Sí, ya lo sé.

Esta vez le tocó a Prior no formular la pregunta obvia.

—¿Aún estás de baja por enfermedad? —preguntó Manning tras una pausa.

–No, estoy en el Ministerio de Municionamiento. En el... –Miró a Manning–. Y es allí donde te he visto. Sabía que me sonabas de algo.

Manning sonrió, pero obviamente eso no era del todo de su agrado.

–Menos mal que no me he presentado con el nombre de «Smith». No te creas que no lo he pensado.

–Si tienes intención de hacerlo alguna vez, yo que tú quitaría antes las cartas de la consola del receptor. El destinatario no es ningún «Smith». –Prior fijó la mirada en su vaso y dejó de oponer resistencia–. ¿De qué conoces a Rivers?

Manning sonrió.

–También es mi médico.

–¿Trauma de combate?

–No. No exactamente. Me... esto... me detuvo la policía. Hará un par de meses. No me cogieron in fraganti, pero... El joven desapareció en cuanto nos acercamos a la comisaría. En fin, da igual.

–¿Qué pasó?

–Ah, estuvimos un rato allí sentados. Nadie hizo nada desagradable. Solicité la presencia de mi abogado, y al final él llegó y me soltaron. La herida ayudó, la medalla ayudó. –Miró a Prior a la cara–. Los *contactos* también ayudaron. No me juzgues con severidad, eh. No soy idiota. Y después fui a casa y esperé. Mi abogado pensaba que si el asunto llegaba a los tribunales me caerían dos años, pero seguramente no me condenarían a trabajos forzados por lo de la pierna.

–Muy bondadosos, ellos.

–Sí, ¿verdad? Entonces alguien sugirió que lo más conveniente era ir a un psicólogo y ponerme bajo tratamiento, y y... y eso ayudaría. Así que fui a ver al doctor Head, un médico con mucho prestigio en ese campo... de hecho, llegaron a decirme textualmente que Henry Head podía curar a los sodomitas... y él me contestó que no podía tratarme, que estaba desbordado, y recomendó a Rivers. Así que acudí a él, y aceptó mi caso.

–¿Quieres que te curen?

–No.

–¿Y él qué hace?

–Habla. O mejor dicho, hablo yo. Él escucha.

–¿De sexo?

–No, no muy a menudo. De la guerra, sobre todo. Bueno, ahí es

donde surge la confusión, porque, nada más echarme un vistazo, decidió que yo era un neurasténico. O sea, entiendo su punto de vista. Cuando salí del hospital, estaba de lo más alterado. Mucho peor de lo que yo mismo pensaba en ese momento. Una noche, durante una cena, cogí un jarrón y lo estampé contra la pared. Había muchas personas presentes, unas doce, y se produjo un silencio... una situación muy violenta. Y no fui capaz de explicar por qué lo había hecho. Aparte de decir que el jarrón era horrendo. Pero entonces mi mujer dijo: «También lo es tu tía Dorothea. ¿Adónde vamos a llegar con esas ideas?» –Manning sonrió–. Como no puedo hablar con nadie más, hablo con él.

Prior apoyó la mano en el brazo de Manning.

–¿Saldrás del aprieto? O sea, ¿van a dejarte en paz?

–No lo sé. Creo que si fueran a presentar cargos, a estas alturas ya lo habrían hecho. –Adoptó un tono de voz más grave–: «En ese momento llamaron a la puerta...»

Prior se quedó en actitud pensativa.

–En cualquier caso, resulta bastante oportuno, ¿no? –dijo por fin–. Eso de que seas neurasténico.

–No especialmente.

–En cuanto a Rivers, quiero decir. Así no tiene que hablar de...

–No sé qué opina Rivers. En todo caso es de la guerra de lo que yo necesito hablar. Y hay cosas de las que ni siquiera con él podría... ya me entiendes.

–Ya podrás.

Se tendieron y se miraron.

–Ibas a decir en qué departamento del ministerio... –dijo Manning.

–Sí, eso iba a decir. El Servicio de Inteligencia.

–¿Con el comandante Lode?

–Sí. Con el comandante Lode. ¿Y tú?

–Yo estoy en la quinta planta.

El número de la planta era ya de por sí respuesta suficiente. Manning se volvió y extendió el brazo sobre el pecho de Prior.

–¿Te apetece que cambiemos las tornas? ¿O eso no lo haces?

Prior sonrió.

–Yo hago de todo.